

¿DESTRUCCION O PERMANENCIA?

LA FABRICA INSOLITA

CUANDO se sale de Barcelona por la autopista de Massanet se tropieza uno, de pronto, con extraño objeto no identificado, a la altura de la segunda salida. Una rápida ojeada, la única permitida al automovilista, sólo le permite apreciar un edificio, no muy alto, de diversos colores. Si nos desviamos de la autopista y entramos por el camino que conduce a este extraño edificio recibimos al pronto la impresión de que se trata de una gran barraca de feria o de una casa de sorpresas de parque de atracciones. Todo menos una fábrica. Y, sin embargo, es una fábrica. Maravilla que haya fabricantes tan esforzados, tan amantes del arte que sean capaces de permitir lo que ha permitido su propietario, don Isidoro Prenafeta. Nada menos que dejar a dos artistas, poseedores de grandes melenas y de gran talento también, llamados Eduardo Arranz Bravo y Rafael Bartolozzi, a que hagan lo que quieran con su fábrica. Que diseñen la fachada, que la decoren a su gusto y que hagan toda suerte de locuras. No es la menor el que hayan instalado, a la entrada, en un bonito y bucólico paraje, unos lindos corderitos, como esos de los belenes, con cuatro simples patitas de hierro, rectas, y un cuerpillo de lo más rudimentario... sólo que a tamaño natural. Hermosa manera, en verdad, de recibir al visitante, de invitar al simple curioso a que entre en la fábrica valiéndose como reclamo de estos dulces y evangélicos animales. Viejas contradicciones entre la técnica y la Naturaleza, entre la ciudad y la vida pastoril, conciliadas en esta fábrica ejemplar, verdadera empresa modelo. Otra cosa sería si todas nuestras grandes ciudades cambiaran las feas apariencias de sus barrios industriales por estas reconfortantes visiones. Una vez todo fueran fábricas así decoradas, así de estupendamente locas, podríamos empezar otra vez seriamente a acordarnos de la fábrica Fagus, de Walter Gropius, diseñada en 1911 dentro de los más puros principios del racionalismo arquitectónico. Puede alarmar acaso al espectador, sobre todo si está dispuesto a entrar, el saber que la fábrica es de manipulación y curtido de pieles. Y si, nuevo Orfeo, se atreve a entrar en el edificio, aún le deparará otras sorpresas este grato infierno de parque de atracciones, en que Arranz Bravo y Bartolozzi han llegado al atrevimiento de pintar de colores hasta

Junto a la autopista Barcelona-Massanet, a la altura del municipio de Parets, los pintores Eduardo Arranz Bravo y Rafael Bartolozzi han realizado un gigantesco mural que cubre la fachada de una fábrica de curtidos y tintes de piel. Hace poco, la empresa concesionaria de la autopista ha presentado denuncia al Ministerio de Obras Públicas diciendo que «Dicha construcción se ha pintado en la fachada de la casa a la autopista con diferentes colores combinados que dan como resultado una especie de cuadro modernista, que por ser tan luminoso y llamativo se cree podría afectar a la seguridad de la circulación». Una posterior orden ministerial conminaba a la destrucción de este mural y, según parece, se ha entablado recurso. Sin saber todavía cuál será el resultado —destrucción o permanencia— nos ha parecido interesante ofrecer un reportaje gráfico de esta obra singular, con una glosa explicativa del crítico de arte José Corredor-Matheos.

las propias máquinas. Cabe preguntarse qué es lo que habrán pensado los albañiles que levantaron el edificio y qué pensarán los obreros que trabajan en este lugar. Particularmente, el autor de esta crónica, conocedor del estricto y riguroso espíritu con que operan los diseñadores de estricta observancia, encuentra de pronto no sólo divertido, sino serio y diría necesario que se arrinconen tan a veces inhumanas aspiraciones y nos abandonemos de pronto a estos festivos divertimientos, a estas poéticas figuraciones arquitectónicas, que se construya una fábrica con el mismo ánimo con que podemos ir a una feria o a un viaje de placer. Ya volveremos, ya, al rigor y al método, a la otra locura, fría, tan necesaria —no faltaba más—, de las rectas y los planos desnudos, de la forma precisa, fuera de toda complacencia. Divirtámonos ahora que tenemos ante nuestros ojos esta absurda y maravillosa fábrica encantada, este ejemplo de antidiseño estupendo que han levantado para nosotros —con la colaboración del propietario— estos dos jóvenes artistas barceloneses a pocos kilómetros de Barcelona, junto a la segunda salida de la autopista de Gerona, como feliz augurio.

En broma en broma, Arranz Bravo y Bartolozzi han pintado unos mil quinientos metros cuadrados. Seguramente no estarán incluidos en ellos algunos metros más, como los del camión, lleno de los mismos colores, de los mismos motivos de ese mundo de fábula moderna. No tendría objeto alguno el que ahora adoptara seriamente el papel de crítico. El tema invita a la despreocupada contemplación, a la participación directa en un acto de la vida cotidiana que puede ser convertido, por obra y gracia de los artistas, en una hermosa fiesta pagana y por qué no también religiosa, porque todo es lo mismo

al fin y al cabo. El que se acerca a esta llamémosle fábrica y entra en ella se convierte de algún modo en oficiante de un extraño y antiguo rito. No se trata de ir a ver cuadros a una exposición, ni con fondo de música de Mussorgsky, ponerse a contemplar una obra de arte que está separada de la vida. Luego sale uno a la calle y se ve, en el mejor de los casos, con algo dentro que le muerde por lo que ha visto, pero que se pierde en una realidad urbana gris, borrosa. Entrar en la fábrica de Arranz Bravo y Bartolozzi requiere un rito especial. Propongo que se provea de trajes especiales a los visitantes, diseñados y pintados también por ellos. Resulta incongruente que se pueda entrar con el absurdo traje de chaqueta y pantalón. Se trata, en este otro caso, de arte integrado, pero, ¡ojol!, en el mejor de los sentidos, integrado en las cosas corrientes, en las que usamos en la vida —para decirlo enfáticamente—. Un arte que es también a su modo contestatario, anti-integrado, frente a tanta fábrica al uso. Me permito discrepar de algunos críticos más bien dogmáticos que opinarian que, ya que una fábrica es, en el mundo occidental, un lugar en que el hombre se enajena en el trabajo, la obra de estos artistas debe ser condenada. En esto vienen a coincidir con las señoras del ropero, empeñadas en hacer jerseys para los niños pobres con los colores más feos que encuentran. Aparte de que los colores más bonitos sean también más caros, que también es verdad, sospecho que existen secretas inclinaciones subconscientes para dotar al más pobre y al más alienado con los colores más pobres, más tristes. Prescindamos, pues, de todo esto y animemos a que Arranz Bravo y Bartolozzi sigan construyendo fábricas, alientadoras, sí, pero dotadas de una carga tan revolucionaria como es la alegría.

Con la sorpresa, el espectador

no ha tenido tiempo al principio de fijarse en los detalles. Luego ya va dándose cuenta de cuáles son los motivos con que está decorada la fachada. Se alternan formas abstractas, de tendencia organicista, de filiación mironiana, con amables y deliciosos bosquecillos, con árboles muy tiernos y muy bien pintaditos. Estos árboles son como una réplica al paisaje de los alrededores: una réplica conscientemente burlesca y a un tiempo cariñosa, como signo de que nada se ha perdido en el camino de la Naturaleza al arte. En las partes altas de la fábrica hay sus chimeneas simplemente pintadas, no corpóreas, en una zona toda ella dibujada muy geométricamente, de una geometría burlesca también. Y en otras paredes, como grandes tubos pintados, que recuerdan a la vez conductos industriales y formas orgánicas que no dudaré en llamar intestinales —que tan trabajadoras y productivas son en la realidad—, enormes gusanos, como réplica asimismo burlesca del organismo humano, del organismo de la industria, de todo. Los fondos son, en general, el rosa y el morado. El rosa, aparte de ser un color absurdo y, por lo tanto, maravilloso, allí, en medio del paisaje, es como un gran pastel de fresa que se ofrece al que circula por la autopista. Un rosa de carnación suave, optimista y arbitrario. El morado, no seguramente aquí del pendón de Castilla, sino simplemente porque sí, lo que está muy bien de todos modos, y pueden buscarse si se quiere secretas inclinaciones místicas, aunque sea mucho más decisivo el que se trate de un color de moda. En la fachada principal hay una forma que recorre el edificio desde su parte inferior derecha hasta la superior central, que viene también a rematar el edificio, sobresaliendo bastante por arriba. Puede parecer una lengua, lo que también tiene lo suyo y debería ser agradecido por todo visitante inteligente. Una lengua de burla, de bienvenida sumamente expresiva, como respuesta aparentemente absurda a una realidad que lo es ya en demasía. Por otra parte, esta extraña forma está salpicada de manchas de colores, sobre un fondo blanco, lo que evita que constituya un descaro excesivo. La puerta de acceso al edificio, una caja cúbica, se adelanta para recibir al visitante, para engullirle, no sea que se escape y se pierda el espectáculo del interior. Dentro hay sus grandes naves, sus máquinas



y sus obreros que trabajan, todo eso que tienen las fábricas, lo que no deja de resultar un poco chocante. Pero algunas de estas máquinas están pintadas, y aunque no dudemos de la productividad de la empresa, todo tiene un aire de día ferial.

Hemos visitado esta fábrica en compañía de los culpables, los dos jóvenes artistas, llamados —insistimos para que no olviden sus nom-

bres— Eduardo Arranz Bravo y Rafael Bartolozzi. Lo poco de crítico de arte convencional que he ido adquiriendo con los años ha quedado agradablemente chasqueado. Ni un asomo de indignación, sin embargo, ha encendido mi piel, acostumbrada a mayores rigores, pero no, en cambio, a semejante espectáculo. He venido a la vez por deber y curiosidad, y podrá apreciar el lector cuál ha sido mi impresión.

Ningún convencionalismo, ninguna supuesta seriedad tiene su asiento en esta noble fábrica, plantada junto a la autopista: como anuncio de no se sabe qué, pensará algún automovilista. Hay que ver las cosas que puede hacer el artista cuando ha sido solicitado para que ejerza una acción verdaderamente pública. No es muy frecuente que se visite una fábrica más que cuando se desea hacer un ne-

gocio o se va en viaje de estudios. Es ya un poco más raro que se vaya a un sitio semejante a deleitarse. No olvido que en esta fábrica también deben trabajar lo suyo, y me atrevo a creer que un ambiente así tiene que provocar, por una parte, buenos dividendos, y por la otra suscitar en el ánimo del patrono una justa comprensión de la relación laboral, llegando incluso a ofrecer a sus empleados y obreros una participación en los beneficios. Estoy seguro de que el visitante digamos inocente, que no va a comprar ni a vender nada, no saldrá defraudado. No sé si llegará a divertirse tanto como se han divertido los creadores durante la realización de la obra, pero sí es seguro que le aportará una experiencia absolutamente nueva. Serán testigos todos los que forman la plantilla de esta fábrica, las tiernas ovejas que habrán salido a recibirle alborozadas, el acompañante de turno y los dos artistas, que lo estarán contemplando todo por un agujero. Con una agradable impresión, con un trauma estético en mi alma de productor encuadrado en un sindicato vertical, ante los maravillosos despropósitos, la fascinante aventura que puede ser una fábrica de elaboración de pieles, abandono este extraño paraje, me despido de Arranz Bravo y de Bartolozzi, que me saludan, allá lejos, entre los corderitos, y los árboles reales y los árboles pintados, sobre el fondo de esa increíble fachada, con esa tenia o solitaria tan delicadamente pintada, esos signos de colores llamativos, ese rosa de pastel de fresa, esa mágica industria, y me lanzo en mi coche a toda velocidad por la autopista, con la mente puesta en este hermoso ejemplo de arte al servicio del desarrollo industrial de España. ■ JOSE CORREDOR-MATHEOS. Reportaje gráfico: XAVIER MISERACHS.

